

El Consejo

Dr. Zeirith Rojas Alfaro



El estaba solo: aislado en un rincón de la vida y rodeado de gentes.

No soporté el dolor de su soledad y abruptamente despedacé su silencio, diciéndole: “Usted no es feliz: le teme a la vida; le teme al amor. ¡Atrévase a vivir; quiera a alguien!..”

Levantó su cabeza lentamente, como si llevara en ella todo el peso del mundo. Sus ojos, profundos, estaban tristes. Su voz, suave, no mostraba rencor por mi intromisión. Como quien le explica a un niño, me dijo: “No soy feliz: es cierto. También es verdad que le temo a la vida y que le temo al amor. Pero no siempre fui cobarde: alguna vez supe querer ¡suepe amar y darme entero!”.

Hizo una pausa, me miró fijamente y continuó: “Si usted ha querido así, no necesito explicarle; y si no ha vivido eso, ¿cómo hacerle entender?”

Entonces, el cielo siempre era claro. El día era bello; la noche, hermosa. Las flores eran las estrellas del día y las estrellas, las flores de la noche. Sí, yo amaba la vida y era feliz.

Todo lo que comienza, acaba; mi amor no fue excepción.

Por su consejo, veo que usted no ha vivido la muerte de un amor: de pronto, el

cielo se oscurece; las flores se marchitan; las estrellas se apagan. El día y la noche se vuelven monótonos e interminables. La vida se arrastra lentamente. Y aparece el terrible dolor de ansiar la vida y temerle de tanto, que casi se prefiere la muerte.

Mi corazón, al descubrir el amor, se ensanchó hasta abarcar el mundo. Al quedarse solo, se encogió en llanto, hasta no ser más que un punto; un punto que agonizaba sin lograr desaparecer del todo.

Tiene usted razón: le temo a la vida y le temo al amor. Y usted me propone que vuelva a querer. Para que el cielo se me torne claro y hermoso. Para que las flores y las estrellas con sus luces y colores me devuelvan la felicidad. Y sobre todo, para que mi corazón cante al encuentro de unos ojos o al roce de una mano. Sí. ¿Y luego?

Luego, nuevamente el cielo se oscurecerá ¡las estrellas y las flores caerán en el vacío! y mi vida se arrastrará lentamente, al ritmo de los tiempos muertos.

¿Comprende ahora? ...

Cerrando los ojos, concluyó: “Déjeme; déjeme como antes: solo, aislado en un rincón de la vida y rodeado de gentes”.